

Handwritten text in a South Indian script, likely Grantha or Tamil, appearing as the first line of a document.

Handwritten text in a South Indian script, likely Grantha or Tamil, appearing as the second line of a document.

Handwritten text in a South Indian script, likely Grantha or Tamil, appearing as the third line of a document.

Handwritten text in a South Indian script, likely Grantha or Tamil, appearing as the fourth line of a document.

Handwritten text in a South Indian script, likely Grantha or Tamil, appearing as the fifth line of a document.

CIENCIAS SOCIALES Y DESARROLLO NACIONAL EN MÉXICO

Social Sciences and National Development in Mexico

FRANCISCO ZAPATA *

Fecha de recepción: 30 de julio de 2014 – Fecha de aprobación: 12 de septiembre de 2014

Resumen

Este trabajo ofrece una reflexión retrospectiva sobre la relación entre las ciencias sociales y el desarrollo nacional en México. Una relación que resulta central en el contexto latinoamericano, dado que México quizás sea el único país del continente en que las ciencias sociales han estado tan estrechamente ligadas al desarrollo nacional promovido desde el Estado. El artículo se inicia con la presentación de un esbozo del proceso de constitución de la sociedad mexicana, para luego caracterizar algunas de las etapas por las que pasó la relación entre las ciencias sociales y el desarrollo nacional. En cada etapa se intenta establecer su vinculación con los procesos de transformación que experimentó la economía, la política y la sociedad mexicana, para concluir con algunas reflexiones sobre las características de esa relación en el tiempo presente.

Palabras Clave: Ciencias Sociales, desarrollo nacional, México

Abstract

This paper provides a retrospective reflection on the relationship between social science and national development in Mexico. A relationship that is central to the Latin American context, given that Mexico perhaps is the only country on the continent in which the social sciences have been so closely linked to national development promoted by the State. The article begins by presenting an outline of the formation of Mexican society, and then characterize some of the stages through which has passed the relationship between social science and national development. At each stage it tries to establish the relationship with the transformation processes experienced by the economy, politics and society of Mexico, to conclude with some reflections on the nature of that relationship in the present tense.

Key words: Social Sciences, national development, Mexico

* Doctor en Sociología. Profesor Investigador del Centro de Estudios Sociológicos (CES), El Colegio de México.
Correo electrónico: zapata@colmex.mx

Introducción

Esta es una reflexión retrospectiva sobre la relación entre las ciencias sociales y el desarrollo nacional en México. Creo que es útil tematizar esa relación porque es central en el contexto latinoamericano. En efecto, México es una excepción en América Latina, dado que quizás sea el único país del continente en que las ciencias sociales han estado tan estrechamente ligadas al desarrollo nacional promovido desde el Estado.

México es un país en el que quienes investigan, reflexionan y escriben se enfrentaron y se enfrentan a la definición, el análisis y la propuesta de soluciones a los problemas del país, más allá o más acá de lo que en otros lugares son torres de marfil ajenas al devenir de nuestros pueblos. Los investigadores encontraron y encuentran eco en aquellos que, en la esfera política, debían y deben tomar las decisiones que exige el desarrollo nacional. Podemos así, ubicar a las ciencias sociales mexicanas en el tiempo y en el espacio y así definir el marco de referencia de lo que es nuestro quehacer, de lo que ha sido, es y será nuestra forma de participar en el análisis de los problemas sociales del país. Solo así, nuestro trabajo puede proyectarse y trascendernos.

Empezaré con la presentación de un esbozo del proceso de constitución de la sociedad mexicana. En seguida, caracterizaré algunas de las etapas por las que pasó la relación entre las ciencias sociales y el desarrollo nacional. En cada etapa trataré de vincularlas con los procesos de transformación que experimentó la economía, la política y la sociedad mexicana. Concluiré con algunas reflexiones sobre las características de

esa relación en el tiempo presente. Entremos en materia.

1. Esbozo del proceso de constitución de la sociedad mexicana.

La sociedad mexicana se constituyó a partir del proceso de colonización iniciado en el siglo XVI. El establecimiento de un régimen económico, social y político profundamente marcado por la subordinación al imperio español durante más de tres siglos dio lugar a la constitución de pautas de relación social marcadas por ella. No obstante, esa sociedad también se constituyó a partir de procesos de mestizaje que tuvieron y tienen un fuerte impacto sobre las relaciones sociales imperantes en este país.

Además, la extensión, la diversidad y los contrastes del espacio geográfico, la presencia de múltiples etnias en ese espacio, la articulación diferenciada de las distintas regiones del país con las demás y con el exterior así como el desarrollo demográfico indujeron una gran diferenciación en esta sociedad que debe ser considerada para comprender los procesos de transformación social que tuvieron lugar durante esos 300 años. Son, además, el sustrato sobre el cual se inserta la evolución contemporánea de la sociedad mexicana, que, a pesar de haberse convertido en una sociedad urbana, diferenciada económica, social y políticamente, guarda todavía muchos de los rasgos de la sociedad rural.

Esta imagen debe matizarse mencionando los aspectos culturales ligados a la interacción entre la presencia española y la presencia indígena que, en México, a diferencia de otros países con poblaciones étnicas cuantitativamente muy significativas como son Bolivia, Ecuador o Perú,

se dio en forma muy intensa mientras en esos otros países tendió a segregar a ambas culturas. Esos rasgos se profundizaron después de la Independencia y durante el largo siglo que culmina con el estallido de la revolución en 1910. Hasta el día de hoy, el contraste entre el caso de México y los de Bolivia, Ecuador y Perú sigue siendo muy profundo.

También, hay que mencionar que al mismo tiempo que se intensificaba el mestizaje, la construcción de la hegemonía política y cultural de los ideólogos y de los políticos liberales buscó subordinar a las culturas indígenas y a privilegiar la herencia occidental en la construcción de la identidad de la nación mexicana. Este proyecto se manifestó en forma radical durante el Porfiriato (1876-1911) en que incluso se alentó la colonización por parte de inmigrantes europeos, de manera similar a lo que se propuso Sarmiento en Argentina. Como lo veremos en breve, no fue sino hasta el estallido de la revolución que se buscó anclar la identidad en la herencia de las culturas indígenas. Como lo plantea Marcelo Carmagnani, la construcción de ese "Otro Occidente" (Carmagnani, 2004) fue el resultado de un proyecto que, como el que animaron los liberales del siglo XIX no contemplaba el reconocimiento de la diversidad sino más bien la imposición de valores, como son los republicanos, de una igualdad ficticia, que se quiso imponer a esa sociedad original.

Las tensiones generadas a partir de ese proceso sentaron las bases de las investigaciones que emprendieron, antes y después de la revolución, Andrés Molina Enríquez, Manuel Gamio, Lucio Mendieta y Nuñez, Alfonso Caso, entre muchos otros, para

determinar las raíces mexicanas y elaborar un nuevo proyecto de nación. Ellos también fueron los artífices de la creación de instituciones como son el Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Instituto Nacional Indigenista y otras del régimen posrevolucionario que estuvieron orientadas a la construcción de una sociedad mestiza (la "raza cósmica" de José Vasconcelos). Este cambio de perspectiva indujo a los dirigentes políticos hacia la necesidad de construir la nación a partir de sus bases culturales originarias.

Por otra parte, desde 1934 en adelante, la puesta en marcha de políticas económicas administradas por el Estado contribuyó a reforzar lo que hasta ese momento habían sido proyectos culturales que buscaron modernizar materialmente al país. Esas políticas contribuyeron a generar un mercado nacional, a integrar las diversas regiones del país, a fortalecer la identidad a través de la educación, a crear, en pocas palabras, una ciudadanía política y social. Entre 1934 y mediados de los años 70, ese principio articulador sentó las bases de la sociedad mexicana contemporánea las que se dieron en estrecha correlación con una expansión económica que, retrospectivamente, se caracterizó como el "milagro mexicano" que se prolongó hasta 1974, cuando empezaron a manifestarse los primeros síntomas de su decadencia.

El desarrollo de la industrialización por sustitución de importaciones, la construcción de carreteras, de sistemas de telecomunicación, y la intensificación de la urbanización contribuyeron a la transformación radical de la estructura social rural, con una fuerte diferenciación de roles y status, propios de lo que podría denominarse una sociedad industrial, a pesar de que, obviamente,

el peso de la sociedad rural fue y es todavía significativo en el imaginario mexicano. Así, la sociedad mexicana, a través del Estado, pasó a ser una sociedad relativamente “moderna”.

De las consideraciones anteriores podemos deducir que, en México, las ciencias sociales fueron parte del proceso de desarrollo nacional y contribuyeron a delinearlos. No obstante, no es posible negar que si bien alimentaron la formulación de políticas económicas, sociales y contribuyeron a la integración nacional no por ello dejaron de tener un carácter crítico. En efecto, en la medida que estas disciplinas formaron parte del devenir histórico del país, su contribución guardó relación con las crisis que el sistema político mexicano debió enfrentar, sobre todo en la coyuntura del movimiento estudiantil de 1968, en que ocurrieron procesos tendientes a cuestionar su legitimidad. En esa coyuntura, y en algunas que le precedieron, las ciencias sociales adoptaron puntos de vista disidentes con respecto a las decisiones del Estado sin que por ello dejaran de contribuir con sus investigaciones a la formulación de estrategias de desarrollo nacional.

Entonces, es posible afirmar que la vinculación estrecha entre las ciencias sociales y el proceso histórico de México pudo contribuir a condicionar la forma en que los científicos sociales realizaron su reflexión, el tipo de enseñanza que se impartió en las instituciones académicas, los temas preferidos de análisis y los objetos de investigación que se seleccionaron. Esta relación recíproca constituyó un rasgo particular del desenvolvimiento de estas disciplinas en el contexto latinoamericano.

En efecto, en el resto de América Latina es y fue mucho más acentuado el acento crítico

de las ciencias sociales con respecto a los sistemas políticos, a los proyectos nacionales de desarrollo y a las formas de convivencia nacional. En países como Argentina, Chile, Perú o Venezuela, las ciencias sociales guardaron gran distancia con los aparatos oficiales. En esos países, las ciencias sociales permanecieron circunscritas al espacio universitario, sin vinculación con la formulación de políticas de desarrollo nacional. Fueron y son disciplinas que constituyeron proyectos alternativos al “oficial” y fueron frecuentemente “satanizadas”, especialmente cuando los militares tomaron el poder en los años setenta, que las eliminaron de los programas universitarios, calificándolas de subversivas.

En México, dicha distancia nunca fue tan grande porque las ciencias sociales se constituyeron en fuente de inspiración para el diseño de lo que sería la construcción de la nación. El grado de desarrollo de esas disciplinas fue mayor que en el resto del continente, en donde permaneció limitado a grupos muy reducidos de “intelectuales” con “conciencia social”, sin transformarse en un fenómeno colectivo de crítica y participación, análisis y compromiso político, como lo fue en el caso de México.

A partir de esta reflexión introductoria, podemos distinguir algunos grandes momentos de la relación entre ciencias sociales y desarrollo nacional en México.

2. El momento pre-institucional¹.

Un primer momento, que denominaremos pre-institucional, puede ubicarse a principios del siglo XX. Transcurre durante el proceso revolucionario y se prolonga por lo menos hasta 1934.

En este primer momento, la prioridad central de quienes se embarcaron en el trabajo científico fue contribuir a plasmar reflexiones premonitorias de lo que se transformaría en el proyecto revolucionario, y en realizar estudios que dieran concreción a ese proyecto. Este momento estuvo marcado por las contribuciones de antropólogos y de arqueólogos. Los debates ideológicos, previos al estallido de la revolución, animados por Ricardo Flores Magón, Andrés Molina Enríquez (Kouri, 2009), y durante la revolución por Manuel Gamio, Vicente Lombardo Toledano y José Vasconcelos, se centraron en el diagnóstico de los “grandes problemas nacionales” como los denominara Molina Enríquez. Para este gran sociólogo, el problema central de México era el de la concentración de la tierra cultivable en una clase de latifundistas muy poderosos, económica y políticamente, la ausencia de crédito para la agricultura y la existencia de formas de control como eran las “tiendas de raya”, de triste memoria.

La ciencia social naciente buscó resignificar el pasado prehispánico. Las investigaciones de Gamio en Teotihuacan encontraron apoyos de toda índole por parte del presidente Venustiano Carranza, el que, en 1917, creó para él, la Dirección de Antropología como parte de la Secretaría de Agricultura y Fomento. El vínculo entre Gamio y Carranza puede identificarse con el momento fundador de la relación entre ciencias sociales y desarrollo nacional. En efecto, siendo Gamio nuestro primer doctor en antropología -Universidad de Columbia, 1916- (Brading, 1988; Zermeño, 2002; Solís, 2003; Walsh, 2004), encontró eco, recursos y apoyos de todo tipo en

el presidente de la República para el desarrollo de sus investigaciones, dato inédito en el contexto de las luchas revolucionarias. Este momento fundador permitió explorar la población del Valle de Teotihuacan a partir de un enfoque demográfico en el que Lucio Mendieta y Núñez fue asistente de Gamio.

Al mismo tiempo, Gamio emprendió el primer gran estudio sobre los migrantes mexicanos a Estados Unidos, utilizando métodos cualitativos como entrevistas en profundidad y observación de campo. Este estudio hizo visibles a los que tuvieron que irse a trabajar a ese país para poder trabajar y sobrevivir. Así, Gamio fue pionero de los estudios de la migración de mexicanos a Estados Unidos. Gran parte de los diagnósticos realizados por varias instituciones de investigación tienen mucho que ver con los datos que recogió Gamio en la década de los veinte. Esos estudios sentaron la base de los libros *Forjando Patria* (1916) y *El inmigrante mexicano* (1930) (Gamio, 2006 [1916], 2002 [1930]), con los que Gamio contribuyó al debate sobre las bases de la conformación de una identidad nacional. Así, se generó una plataforma ideológica que permitió sentar las bases de una reflexión científica sobre la realidad social del país.

Cuando Álvaro Obregón logró estabilizar las turbulencias que azotaron al proceso revolucionario después del asesinato de Carranza, observamos el segundo acto del desarrollo de la relación pre-institucional entre ciencias sociales y desarrollo nacional. Este acto tuvo como actor central a José Vasconcelos. En 1921, con la creación de la Secretaría de Educación Pública, el gobierno revolucionario proporcionó apoyos

para construir escuelas, formar maestros, crear museos, difundir la cultura y convocar a Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco para pintar las murallas de varios edificios del centro de la Ciudad de México. Quienes pudieron incorporarse a esas actividades pueden reconocer en Vasconcelos a un impulsor del ámbito de reflexión de las ciencias sociales, pues tanto los maestros como los muralistas aprovecharon lo que antropólogos y arqueólogos habían descubierto y representado.

Ya no se trataba solo de investigar como lo había hecho Gamio. Se trataba sobre todo de socializar ese conocimiento para constituir un acervo que pudiera ser asimilado por los y las niñas de edad escolar, por todo aquellos que forjarían la patria. Vasconcelos buscó traducir *Forjando Patria* a términos que fueran pertinentes en la formación de una conciencia nacional y por eso escribió *La raza cósmica* (1925), manifiesto de la identidad mexicana. Así, cuando Alfonso Caso asumió la Dirección de Cultura Indígena de la SEP, a invitación de Gamio, profundizó la relación entre el Estado y la arqueología. En forma inédita en el contexto latinoamericano, contribuyó a articular a la “nacionalidad” mexicana, objetivo del presidente Obregón. Hacer visibles los monumentos prehispánicos, crear museos en los cuales exponer los objetos que habían producido esas culturas, graficar en los murales de la Secretaría de Educación Pública y del Palacio Nacional permitió dar una identidad al pueblo de México. Finalmente, tal como Venustiano Carranza y Álvaro Obregón habían tenido relaciones estrechas con Manuel Gamio y José Vasconcelos, en 1930, el presidente

Plutarco Elías Calles apoyó al profesor Lucio Mendieta y Núñez para la creación del Instituto de Investigaciones Sociales² de la UNAM.

De manera que entre los años iniciales del siglo XX y fines de la década los veinte, se constituyeron vínculos entre la arqueología y la antropología con el desarrollo nacional que no harán sino fortalecerse a partir de la década de los treinta, con la llegada al poder de Lázaro Cárdenas.

3. El momento institucional.

El momento institucional se inicia en 1934 con la presidencia de Lázaro Cárdenas. En esos años surgieron varios espacios de creación y difusión del conocimiento como el Fondo de Cultura Económica (FCE) (1934), el Instituto Politécnico Nacional (IPN) (1936), el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) (1939), La Casa de España (1939) y después El Colegio de México (COLMEX) (1940). Fue así como las investigaciones se consolidaron y ampliaron su ámbito de acción con disciplinas como la ciencia política y la sociología. Tal como sus predecesores, Cárdenas se rodeó de una serie de intelectuales como fueron Jesús Silva Herzog, Alfonso Caso, Narciso Bassols, Vicente Lombardo Toledano, Miguel Othón de Mendizábal, Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, entre otros. Ellos, no solo colaboraron con el gobierno en la concreción de grandes iniciativas sino que también pusieron los cimientos de lo que sería una atmósfera intelectual propensa a la creatividad.

Entre 1939 y 1941, ello se plasmó en la aparición de revistas académicas como la

Revista Mexicana de Sociología, Cuadernos Americanos, El Trimestre Económico, Historia Mexicana. En ellas se difundieron tanto los textos clásicos de la sociología, de la antropología, de la historia y de la economía. Esa discusión se nutrió de las traducciones pioneras que hicieran los intelectuales españoles transterrados, como fueron José Medina Echavarría y Wenscelao Roces, de las obras de Max Weber y Marx, publicadas por el Fondo de Cultura Económica (FCE) en 1942.

La efervescencia de esos años se reflejó en la intensificación del número de libros publicados por el FCE y en la realización de grandes investigaciones que pusieron al descubierto los problemas que debía enfrentar el país. Por lo que todo ello no fue ajeno al análisis de los problemas económicos y sociales que enfrentaba México. La asimilación de esos textos y su puesta a prueba en la redacción de la ley de reforma agraria, en la creación del gran banco de desarrollo que fuera Nacional Financiera (1934) y el Instituto Mexicano del Seguro Social en 1942, hicieron realidad la articulación entre cuestiones teóricas, investigación empírica y recomendaciones políticas. La receptividad de presidentes, ministros y otros funcionarios a las obras de esos investigadores y el apoyo a las instituciones de investigación en la UNAM, en El Colegio de México, en el Instituto Politécnico Nacional permitió que el desarrollo del país estuviera fundado sobre bases intelectuales sólidas.

Un lugar estratégico en que se expresó el vínculo que nos interesa subrayar aquí fue el de la formulación de las políticas educacionales. En efecto, gracias a los diagnósticos emprendidos en las instituciones académicas,

se lograron definir metas como fueron la erradicación del analfabetismo, la capacitación de los maestros primarios en las escuelas normales rurales, ampliar el período escolar a 11 años y liquidar la herencia oscurantista de la enseñanza religiosa.

Además, en una etapa posterior, durante los sexenios de los presidentes Manuel Ávila Camacho (1940-1946) y Miguel Alemán (1946-1952), se pudo ampliar el ámbito de las iniciativas estatales que requerían el apoyo de los científicos e intelectuales. El fortalecimiento de la UNAM y del Politécnico así como, a partir de 1946, las reformas que impulsó Jaime Torres Bodet al artículo 3° Constitucional, hicieron que las políticas educacionales recuperaron la tradición que había inaugurado Vasconcelos. Ello permitió la formación de agrónomos, médicos cirujanos, ingenieros hidráulicos, ingenieros petroleros, ingenieros mecánicos y eléctricos que fueron centrales en el desarrollo agrario, la salud pública, la construcción de los distritos de riego, la puesta en marcha de la industria petrolera nacionalizada, la diversificación de la industria siderúrgica y la creación de la Comisión Federal de Electricidad. En 1951, la construcción de la Ciudad Universitaria de la UNAM consolidó definitivamente ese proceso. Asimismo, en esa misma época, la construcción del complejo industrial en Ciudad Sahagún (Hidalgo)³ y de la planta de Tubos de Acero (TAMSA) en Veracruz reflejó la preocupación por el desarrollo regional.

Los resultados de esas iniciativas, basadas en la colaboración entre científicos sociales y el aparato estatal no se dejaron esperar. El producto interno bruto (PIB) creció a tasas insospechadas, la industria se diversificó,

umentaron las oportunidades de empleo y con ello el consumo de las clases populares. El riego permitió aumentar la producción de alimentos y las carreteras su transporte hacia las ciudades que experimentaban un rápido crecimiento. Asimismo, la institucionalización de la actividad científica dio lugar a la identificación de las consecuencias que el desarrollo nacional estaba teniendo en el campo, en las ciudades, en la industria, en las regiones. Se detectaron también las desviaciones y las debilidades del modelo corporativo que se había plasmado como mecanismo de control político durante el gobierno de Cárdenas. En efecto, a partir de 1951 se sentaron las bases de lo que se transformaría en el cuestionamiento que muchos científicos sociales hicieron del devenir de la Revolución mexicana, cuya expresión más contundente fue el movimiento estudiantil de 1968. Entre 1951 y 1968 se redefinieron los procesos de formación intelectual en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM dando énfasis a las metodologías, al trabajo de campo, al uso de métodos de cómputo y al desarrollo teórico que sirvió de sustentación para la crítica que los científicos sociales iniciaron de la forma que había asumido el desarrollo nacional.

Los antropólogos egresados de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), plantearon sus discrepancias con lo que había sido la política indigenista, promovida por el Instituto Nacional Indigenista (INI), dirigido por Alfonso Caso desde su creación en 1948 y en el cual Gonzalo Aguirre Beltrán jugó un papel central como ideólogo de la concepción del indigenismo que impugnaron los jóvenes antropólogos

como Guillermo Bonfil, Arturo Warman y Margarita Nolasco (Warman et. al., 1970).

Asimismo, se realizaron estudios sobre los cambios de la estructura social en donde sobresalieron contribuciones como las de José Iturriaga, Miguel Othón de Mendizábal y Pablo González Casanova. Se reseñaron los cambios sustanciales de la estructura ocupacional que contribuyeron a conformar nuevos actores sociales como los obreros, los ejidatarios, los técnicos y profesionales, así como las clases medias identificadas con el empleo público y privado que empezaron a tener cada vez más influencia en los procesos políticos (Iturriaga, 1951; Othón de Mendizábal, 1974; González Casanova, 1965). Por su parte, en la Escuela Nacional de Economía de la UNAM aparecieron análisis que cuestionaron el impulso a la inversión extranjera en el desarrollo industrial que el Estado había decidido dar como fueron las facilidades que proporcionó a la industria automotriz a partir de 1960 (Babb, 2003).

El énfasis que se había dado al estudio de las condiciones de desarrollo de una identidad nacional y de la consolidación del Estado-nación fue desplazado por los temas del cambio social y político. Acontecimientos políticos como fueron el “charrazo” de 1947, la huelga ferrocarrilera de 1958-59, el triunfo de la Revolución cubana en enero de 1959, el asesinato de Rubén Jaramillo y de su familia en 1962, el conflicto de los médicos residentes y la guerrilla de Arturo Gámiz en 1965 así como el movimiento estudiantil de 1968 jugaron un papel central en este cambio de rumbo. Sin embargo, no fueron solo acontecimientos políticos como los mencionados que contribuyeron a cambiar el

rumbo de la relación entre ciencias sociales y desarrollo nacional. Es indispensable mencionar también que las dinámicas económicas, sociales y políticas del periodo 1930-1960 habían trastocado las bases de la sociedad mexicana.

Como resultado de esos acontecimientos y de los procesos macro sociales que lo acompañaron, los investigadores en ciencias sociales se tuvieron que interrogar sobre la crisis que experimentó el modelo de desarrollo de la industrialización por sustitución de importaciones, sobre las contradicciones entre el desarrollismo y los niveles de vida de la población, sobre las dinámicas demográficas que indujeron un incremento notable de la población del país, sobre la desarticulación entre las comunidades indígenas y sus regiones. Durante el gobierno del presidente López Mateos (1958-1964), el Estado mexicano implementó decisiones represivas como el encarcelamiento de los líderes del movimiento ferrocarrilero y del pintor David Alfaro Siqueiros y el asesinato de Rubén Jaramillo. Además, se empezó a enfrentar a los investigadores y a los intelectuales. Así cuando las obras de Oscar Lewis, *Antropología de la pobreza. Cinco familias: estudios de caso sobre la cultura de la pobreza* (1959), de Rodolfo Stavenhagen *Siete Tesis equivocadas sobre América latina* (1965), de Pablo González Casanova, *La democracia en México* (1965), de Arturo Warman, Guillermo Bonfil, y Margarita Nolasco, *De eso que llaman antropología mexicana* (1968), pusieron en tela de juicio el discurso triunfalista de los gobiernos del periodo 1958-1970 y cuestionaron esas decisiones, se hizo manifiesto el malestar que produjeron decisiones administrativas cada vez más autoritarias como fue la destitución de Arnaldo Orfila como director

general del Fondo de Cultura Económica, por haber publicado el libro citado de Oscar Lewis o a la crítica que Charles Wright Mills⁴ formuló a la política del gobierno norteamericano frente a la Revolución cubana en 1961. Estos análisis demostraron la falta de atención que el Estado prestó al deterioro de las condiciones de vida de la población. Estos fueron los síntomas del fin del modelo del desarrollo estabilizador y del comienzo de la crisis del régimen político, los cuales fueron analizados por las ciencias sociales, que mostraron cabalmente que el desarrollo económico no se empalmaba necesariamente con el progreso social y la democratización política.

Paradójicamente, al mismo tiempo que se interrogaban sobre los síntomas de la crisis del modelo político, los investigadores mencionados y muchos otros contribuyeron significativamente a ilustrar cómo, durante el periodo comprendido entre 1930 y 1960, la sociedad mexicana experimentó la “gran transformación” a la que alude Polanyi (1944) en su trascendental trabajo de reflexión sobre las consecuencias sociales del desarrollo capitalista. Investigaron cómo, en México, esa “gran transformación” incluyó profundos cambios demográficos que se reflejaron en el aumento de la población, en su redistribución territorial y sectorial y sobre todo en la intensa urbanización del país. Constataron que el país se había transformado de una sociedad rural en una sociedad urbano-industrial, lo cual inducía una modernización social, cultural e incluso el desarrollo de una identidad nacional profundamente arraigada en la población. Dicha modernización se expresó en intensos procesos de movilidad

social ascendente que, en varias regiones del país, permitió el acceso a la participación en el consumo, al mejoramiento de las condiciones de vida como fue la vivienda, la salud y la educación.

También, mostraron cómo los proyectos de desarrollo industrial impulsados desde el Estado, la distribución de la tierra a través de la reforma agraria, la expansión del sistema educacional, la creación de un sistema de salud y de seguridad social, la construcción de obras de infraestructura y el mejoramiento de los servicios urbanos, dieron lugar a un intenso proceso de “movilización social”. Dicho proceso incluyó la urbanización, la tecnificación de la agricultura, la alfabetización y la formación intelectual de millones de niños y jóvenes, el apoyo a las universidades, la creación de nuevas instituciones de educación superior y de instituciones culturales que impulsaron la integración de los pueblos indígenas al cuerpo de la nación.

En esos tres decenios, la sostenida expansión económica del país sentó las bases de la estabilidad que, a diferencia de otros países de América Latina, pudo sustentar la continuidad de los proyectos de desarrollo y la generación de un poder estatal muy centralizado que aseguró, al menos en esa etapa, apoyos de masas a las iniciativas del poder. La organización corporativa del Estado, establecida en 1938, con la creación de los “sectores” del Partido de la Revolución Mexicana (obrero, campesino, popular y militar) y su consolidación en 1946 con la creación del Partido Revolucionario Institucional (PRI), también contribuyó a facilitar las relaciones entre distintos segmentos de la sociedad, y lugar al fortalecimiento de la soberanía que estuvo en la base de decisiones trascendentales como la nacionalización del petróleo en 1938.

Sin embargo, como lo afirmarían González Casanova y Stavenhagen, esa “modernización” fue engañosa. Estos grandes intelectuales mexicanos afirmaron, documentadamente, que a pesar de esos logros, subsistían problemas estructurales que se expresaron fuertemente a partir del deterioro de la legitimidad política que experimentó el país entre 1958 y 1968. En esa década, se abrió un momento que mostró un distanciamiento creciente entre las ciencias sociales y el desarrollo nacional en México⁵.

Paradójicamente, ese distanciamiento se profundizó a pesar de que entre 1970 y 1988, el Estado trató por diversos medios de frenarlo y que en este proceso contó con el concurso de varios intelectuales como Edmundo Flores, Víctor Urquidi y Víctor Flores Olea. Decimos paradójico porque a pesar de que las autoridades políticas, en los sexenios de Echeverría y de López Portillo, fundaron instituciones como el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) creadas en 1972 y 1974 respectivamente, decidieron crear o fortalecer a las universidades estatales y dar a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) (1976), un espacio en México. No lograron que esas iniciativas restablecieran los estrechos vínculos que habían existido en el pasado entre las ciencias sociales y el desarrollo nacional. Incluso, la creación del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) en 1984, que tuvo por objeto arraigar a muchos investigadores que sin su existencia se habrían ido del país, tampoco contribuyó a ese acercamiento.

Sin embargo, en descargo de la frustrada acción estatal, podríamos decir que la creación de nuevas instituciones como la Red de Colegios

que se plasmó en la creación de El Colegio de Michoacán, El Colegio de Sonora y El Colegio de la Frontera Norte en los gobiernos de López Portillo (1976-1982) y De La Madrid (1982-1988), se logró parcialmente dicho propósito. En este contexto, vale la pena subrayar el papel significativo de colegas como Luis González y González, Gerardo Cornejo y Jorge Bustamante, que buscaron recuperar la herencia del momento institucional. En particular, Jorge Bustamante logró convencer al presidente De La Madrid de la importancia del análisis de la frontera norte de México como un espacio en que se reflejaban las tensiones que producía el modelo de desarrollo, como era la intensificación del flujo de migrantes que atravesaban esa frontera en forma ilegal. No obstante, a fin de cuentas, esa estrategia de relegitimación no consiguió sanar las heridas que se habían abierto con la masacre de la Plaza de las Tres Culturas. En efecto, el esfuerzo estatal por recuperar la legitimidad cuestionada en 1968, tuvo consecuencias inesperadas. En vez de contribuir a relegitimar la relación histórica que había existido entre la ciencia y la política, el Estado se encontró con que las investigaciones sobre los problemas agrarios, las huelgas, las deficiencias del aparato educacional, el bloqueo de la generación de oportunidades de empleo, las migraciones hacia el exterior, no hacían sino profundizar el diagnóstico crítico que se había iniciado en los años sesenta.

Por lo tanto, la coyuntura que se abrió el 2 de octubre de 1968 tuvo profundos impactos sobre la reflexión de las ciencias sociales, los que no pudieron ser superados por las iniciativas mencionadas. A la vez que los científicos sociales profundizaron el análisis crítico de los procesos políticos y de los problemas sociales del país,

destacaron cuestiones como la necesidad de la democratización de las instituciones, el agravamiento de los problemas agrarios, los efectos perversos de la marginalidad urbana, las presiones inducidas por las migraciones del campo a las ciudades y de México a Estados Unidos, la intensificación de las movilizaciones obreras y campesinas y la aparición de fenómenos nuevos como fue el sindicalismo independiente.

Finalmente, desde fines de la década de los años setenta, y como resultado de la iniciativa estatal de iniciar una transición política cuya expresión fundadora fue el discurso de Jesús Reyes Heróles en Chilpancingo el 1 de abril de 1977, se empezaron a analizar otras cuestiones como la pérdida de articulación entre el sistema político y la política económica, el persistente deterioro de las condiciones de vida de la población que se plasmó en el estudio de la pobreza, la fragmentación social que socavó la posibilidad de organización de campesinos, obreros y clases medias (Zermeño, 1996, 2005), los procesos de informalización, precarización, desobrerización y terciarización que conducen al bloqueo de la proletarianización, las migraciones a Estados Unidos, la privatización del sistema de educación superior y de la salud pública, las bajas tasas de crecimiento del PIB y el desmantelamiento del aparato industrial y su reemplazo por la industria maquiladora que colocó a la región de la frontera norte en un lugar estratégico de la economía mexicana.

4. El momento posinstitucional.

A fines de la década perdida, alrededor de 1987-1988, se inicia una etapa que podemos denominar posinstitucional en las ciencias sociales.

Durante ese período, la relación de las ciencias sociales con el desarrollo nacional se hace cada vez menos pertinente. Efectivamente, en esa década, el Estado prescinde e ignora las contribuciones de las ciencias sociales al diagnóstico y al diseño de soluciones de los problemas del país. Se produce un divorcio creciente entre el quehacer intelectual y la determinación de políticas públicas, frecuentemente improvisadas. De esta manera, la relación que es objeto de esta reflexión deja de ser pertinente. Las ciencias sociales perdieron progresivamente el acceso a las instancias políticas en que descansaba el proceso de toma de decisiones para la resolución de los problemas nacionales. Las decisiones económicas hechas por las oficinas gubernamentales asumieron un carácter excesivamente pragmático, ligado a un enfoque tecnocrático de la vida social, sin tomar en consideración lo que nuestras disciplinas han demostrado contundentemente, es decir que las decisiones políticas son inseparables de los contextos sociales y políticos en los que se toman (Crozier, 1963).

Cuestiones de gran importancia social como son la estimación de la población total del país en el Censo de Población del año 2010 (Valdés, 2011), del volumen de las remesas de la población migrante a Estados Unidos, el peso del desempleo abierto (Zapata, 2009)⁶ en los mercados de trabajo y su creciente informalización, el volumen de la pobreza y de la indigencia, el volumen total de jóvenes que se quedan sin poder acceder a la educación superior⁷, para citar solo algunas de estas diferencias entre lo que constatan los científicos sociales y las apreciaciones de

la burocracia estatal, se politizaron al punto que ya no fueron abordadas con la misma solvencia intelectual que tenían las que habían sido formuladas en el período institucional. Este distanciamiento exacerbó los debates entre las autoridades políticas y los investigadores. Se cerró así el ciclo virtuoso que había gobernado la relación entre las ciencias sociales y el desarrollo nacional durante gran parte del siglo XX. Quedó atrás la época en la que los diagnósticos de estas ciencias habían contribuido decisivamente a la conformación de soluciones a esos problemas.

Conclusiones

Para concluir, cabe señalar que la aplicación de políticas de ajuste y restructuración económica que provocaron la “década perdida” (1982-1989) y que sentaron las bases de un nuevo modelo económico, que podría denominarse el de la transnacionalización del mercado interno, generó las condiciones del surgimiento de un nuevo escenario en la relación ciencias sociales y desarrollo nacional. La ausencia de interés de la clase política, y sobre todo por quienes fueron presidentes entre 1988 y 2000, por los resultados de las investigaciones de las ciencias sociales, se manifestó claramente en los proyectos de ley sometidos a consideración del poder legislativo, desprovistos de bases analíticas serias⁸.

Los científicos sociales adoptaron posturas crecientemente defensivas refugiándose en prácticas estrechamente disciplinarias que reemplazaron lo que hasta ese entonces habían sido reflexiones generales, visiones de conjunto que buscaban diseñar estrategias integradas de desarrollo.

La fragmentación inducida por la fijación de fronteras disciplinarias dio lugar a un proceso de profesionalización que hizo muy difícil integrar esas visiones de conjunto. Arqueólogos, antropólogos, sociólogos, politólogos y economistas dejaron de hablarse entre sí y con las autoridades políticas. Comenzaron a constituir comunidades cerradas cuyas bases teóricas fueron frecuentemente ajenas a los problemas que enfrenta el país y rehusaron insertarse en la formulación de políticas de desarrollo.

Esa profesionalización se reforzó con la puesta en marcha de diversos mecanismos de organización institucional como son los programas de posgrado y el otorgamiento de becas de larga duración. Estos mecanismos, si bien proporcionaron medios materiales para que los que tenían vocación de investigación pudieran desplegarla sin experimentar carencias gratuitas como las que habían enfrentado sus antecesores, a la vez burocratizaron el trabajo de investigación y la docencia.

Esto dio lugar a una inflación de investigaciones cuyo objetivo se limitó a la realización de diagnósticos que no buscaron diseñar estrategias de solución a los problemas del país. Por ejemplo, cuantificar el desempleo, las migraciones internas y externas, el comportamiento electoral, entre muchos otros temas, se transformó en ejercicios desprovistos de vínculos con marcos de referencia generales y menos con la formulación de políticas específicas.

Algo parecido ocurre con las decisiones que se han tomado en relación al sistema educacional que están más enfocadas en la determinación de mecanismos de control de alumnos y profesores, que en el análisis

de las deficiencias de esos mecanismos y la búsqueda de un proyecto educacional adaptado a las características de la sociedad mexicana. La adopción mecánica de pruebas de evaluación como son la Prueba PISA y otras por parte del sistema educacional, sin tomar en cuenta las condiciones específicas imperantes en la mayor parte de las escuelas del país, convierte los resultados negativos de la prueba en una profecía autocumplida.

Asimismo, la aceptación de las recomendaciones de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) sobre la operación del sistema educacional y la crítica sistemática y reiterada cotidianamente del sindicalismo magisterial, no reconoce el papel central del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) como agente regulador del enorme cuerpo de profesores primarios y secundarios⁹ (cuya afiliación supera el millón doscientos mil maestros sindicalizados); en este sentido nadie se pregunta qué pasaría en la ausencia del SNTE en relación a la administración del cuerpo docente de la educación primaria y secundaria.

Otra área en donde es manifiesta la impermeabilidad estatal a los resultados de la investigación social, es el de la sociología del trabajo. Esta subdisciplina de la sociología ha acumulado mucho conocimiento acerca de las características que asume hoy la vida productiva en diversos sectores de la producción. Sin embargo, la participación de quienes han llevado a cabo esas investigaciones en el diseño de las políticas laborales es casi nula. Un buen ejemplo son los proyectos de reforma de la Ley Federal del Trabajo, que,

desde 1989 en adelante ha tenido diversas reencarnaciones, las que no han logrado suscitar la atención de los diputados electos en varias legislaturas desde 1989. El diálogo de sordos entre dirigentes sindicales, funcionarios y académicos impide dar cuenta de los problemas que se suscitarían si las disposiciones de la Ley Federal del Trabajo fueran modificadas.

De manera que la institucionalización y la profesionalización de las ciencias sociales han generado fuertes tensiones en la relación entre las ciencias sociales y el desarrollo nacional. Es paradójico constatar que a mayor institucionalización, a mayor profesionalización existe cada vez menos pertinencia política de la investigación social.

Notas

¹ Véase E. Matos Moctezuma et al., *Descubridores del pasado en Mesoamérica*, México: Océano, DGE Ediciones, Antiguo Colegio de San Ildefonso, 2001.

² En el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIS-UNAM) se emprendieron investigaciones sociológicas sobre la marginalidad indígena, los conflictos laborales del período 1935-1950 y sobre todo, la problemática agraria del país. Se fortaleció la idea de que la ciencia social tenía que tener aplicaciones prácticas, siguiendo así la influencia de Emilio Durkheim, quien postuló que el análisis sociológico debía ser capaz de contribuir a la resolución de los problemas sociales, y en especial al del proceso educacional.

³ Véase V. Novelo y A. Urteaga (1979), *La industria en los magueyales. Trabajo y sindicatos en Ciudad Sahagún*, México: Editorial Nueva Imagen. Sobre TAMSA, véase D. Toledo y F. Zapata (1999), *Acero y Estado. Una historia de la industria siderúrgica integrada de México*, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. También, F. Zapata, "Población y sociedad", en A. Hernández Chávez (ed.) (2012), *Volumen IV: América Latina en la Historia Contemporánea, 1930/1960. México, mirando hacia dentro*, Madrid: Fundación MAPFRE: 235-269.

⁴ Véase O. Lewis (1959), *Antropología de la pobreza. Cinco familias, México*, México: Fondo de Cultura Económica, y C. Wright Mills (1961), *Escucha, yanqui: la revolución en Cuba*, México: Fondo de Cultura Económica. Sobre Oscar Lewis, véase J.E. Aceves Lozano,

"Oscar Lewis y su aporte al enfoque de las historias de vida", *Alteridades*, 4, (7), 1994: 27-33,

⁵ Sobre Stavenhagen, véase F. Zapata, "A propósito de las *Siete Tesis equivocadas sobre América latina de Rodolfo Stavenhagen*", en C. Illades (coord.) (2012), *México como problema. Esbozo de una historia intelectual*, Siglo XXI Editores y Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 307-326.

⁶ Las diferencias de opinión entre científicos sociales y funcionarios federales (como los secretarios de hacienda, trabajo, educación, entre otros) respecto de la cuantificación de las remesas de los migrantes mexicanos en Estados Unidos, la estimación del desempleo abierto en el período 2008-2010, el número de jóvenes que quedan excluidos del acceso a la educación superior, entre otros asuntos, adquirieron particular relevancia porque cada uno de esos actores aludió a cifras dispares que politizaron el debate, cuestión inédita en el ámbito de las ciencias sociales, históricamente hablando.

⁷ Véase *La Jornada*, 24 de agosto de 2010 en que el rector de la UNAM, Dr. José Narro, se deslinda de las cifras que sostiene la SEP en esa cuestión.

⁸ Por ejemplo, la reforma del artículo 27 constitucional en 1993, la reforma del sistema de pensiones en 1997, los diversos proyectos de reforma laboral y la creación de mecanismos para generar empleos, entre otros, demuestran el poco interés del Estado en apoyar sus decisiones en los conocimientos generados por los que estudian las cuestiones agrarias, la demografía y las cuestiones laborales.

⁹ En abril de 2012, el número total de maestros y directores de educación básica era de 1.240.000 profesores que atendían a un total de 27.600.000 alumnos en 233.600 planteles. El Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) los representaba en 59 secciones ubicadas en todas las entidades federativas.

Referencias bibliográficas

Aceves Lozano, J. E. (1994) "Oscar Lewis y su aporte al enfoque de las historias de vida", *Alteridades*, 4, (7), pp. 27-33.

Babb, S. (2003). *Proyecto México: los profesionistas en el gobierno y el problema de la tecnocracia. El caso de los economistas en México*, México: Fondo de Cultura Económica, Colección Obras de Sociología.

Brading, D. (1988). "Manuel Gamio and official indigenismo in Mexico", *Bulletin of Latin American Research*, vol. 7, N°1, pp. 75-89.

Carmagnani, M. (2004) *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*, México: El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, Fideicomiso Historia de las Américas.

Crozier, M. (1969) [1963]. *El fenómeno burocrático. Ensayo sobre las tendencias burocráticas de los sistemas de organización modernos y sus relaciones con el sistema social y cultural*, Buenos Aires: Amorrortu.

Gamio, M. (2006) [1916] *Forjando Patria*, México: Miguel Ángel Porrúa

_____ (2002) [1930] *El inmigrante mexicano: la historia de su vida. Entrevistas completas, 1926-1927*, (Comp. de Weber, D., Melville, R. & Palerm, J.V.), México: Secretaría de Gobernación, CIESAS, Miguel Ángel Porrúa.

González Casanova, P. (1965). *La democracia en México*, México: Editorial Era.

Iturriaga, J. (1951). *La estructura social de México*, México: Fondo de Cultura Económica.

Kourí, E. (coord.) (2009). *En busca de Molina Enríquez. Cien años de "Los grandes problemas nacionales"*. El Colegio de México y Centro Katz (The University of Chicago), Colección Jornadas, N° 156.

Lewis, O. (1959). *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, México: Fondo de Cultura Económica.

Matos Moctezuma, E. et al. (2001). *Descubridores del pasado en Mesoamérica*, México: Océano, DGE Ediciones, Antiguo Colegio de San Ildefonso.

Novelo, V. & Urteaga, A. (1979) *La industria en los magueyales. Trabajo y sindicatos en Ciudad Sahagún*, México: Editorial Nueva Imagen.

Othón De Mendizábal, M. (1974). *Ensayos sobre las clases sociales en México*. México: Editorial Nuestro Tiempo.

Polanyi, K. (1992) [1944] *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México: Fondo de Cultura Económica (Prefacio de Joseph Stiglitz).

Solís Enciso, F. (2003) "Manuel Gamio: el inicio de las investigaciones sobre la inmigración mexicana a Estados Unidos", en *Historia Mexicana*, vol. 52, N° 4 (208), abril-junio, pp. 979-1020.

Toledo, D. & Zapata, F. (1999) *Acero y Estado. Una historia de la industria siderúrgica integrada de México*, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

Valdés, L.M. (2011). "2000-2010. Tsunami demográfico", *Reforma*, 4 de agosto.

Vasconcelos, J. (1925) *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viajes a la América del Sur*, México: Agencia Mundial de Librería.

Walsh, C. (2004). "Manuel Gamio. Migration Studies and the anthropology of development in Mexico: 1910-1940", *Latin American Perspectives*, vol. 31, N° 5.

Warman, A. et al. (1970) *De eso que llaman antropología mexicana*, México: Editorial Nuestro Tiempo.

Wright Mills, C. (1961) *Escucha, yanqui: la revolución en Cuba*, México: Fondo de Cultura Económica.

Zapata, F. (2012). "Población y sociedad", en Hernández Chávez, A. (ed.), Volumen IV: *América Latina en la Historia Contemporánea, 1930/1960. México, mirando hacia dentro*, Madrid: Fundación MAPFRE, pp. 235-269.

_____ (2012) "A propósito de las *Siete Tesis equivocadas sobre América latina* de Rodolfo Stavenhagen", en Illades, C. (coord.), *México como problema. Esbozo de una historia intelectual*,

México: Siglo XXI Editores & Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 307-326.

_____ (2009) "Hacia una sociología del desempleo", *Boletín Editorial*, El Colegio de México, marzo-abril, N° 138: 20-27.

Zermeño, G. (2002) "Between anthropology and History. Manuel Gamio and Mexican anthropological modernity", 1916-1935", *Nepantla. Views from the South*, vol. 3, N° 2, pp. 315-331.

Zermeño, S. (2005). *La desmodernidad mexicana y las alternativas a la violencia y la exclusión en nuestros días*, México, Océano.

_____ (1996) *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo*, México: Siglo XXI Editores.